

abrigaba ya la idea de subyugarlo y meditaba los medios, cuando fueron trastornados sus proyectos, no por el hierro, pero sí por el oro.

Habían conocido los persas por una larga experiencia, cuál era el poder del dinero para con los griegos; pensaron, pues, suscitar en el interior de la Grecia enemigos á Esparta, pues conocían que la estrecha base sobre la cual quería Agesilao apoyar tan grande edificio, no resistiría al más leve choque. Timocrato de Rodas compró ó sedujo con doscientas mil libras á Ciclon, de Argos; Timoteo de Polianto, de Corinto; Androclido, Ismenias y Galacodoro, de Tebas; los que empezaron á levantar la voz contra la tiranía de Esparta, y sobre todo á ponderar el sacrilegio que había cometido asolando el sagrado territorio de la Elida, esto era un crimen, según decían, que el cielo no podía dejar de castigar. Es verdad que Esparta había dejado sentir su yugo sobre los corintios, arcadios, helenios y demás aliados en la guerra del Peloponeso, mostrando además la ambición de dominar en todo. Los discursos de estos demagogos fueron escuchados favorablemente. Formóse una liga entre Corinto, Tebas y Argos, á la que no tardaron en adherirse los tesalios y Atenas, á quienes Trasíbulo excitaba á consolidar su independencia con la victoria. Comenzaron los tebanos las hostilidades, y Lisandro, que había acudido á asediar á Aliarta, plaza la más fuerte de la Beocia, fué atacado por los tebanos y atenienses reunidos, mas la suerte le fué adversa, y pereció en el combate.

Murió á tiempo, porque su natural altanero, orgulloso, había excitado el descontento de los espartanos, y más todavía sus tentativas por sustituir una dignidad real hereditaria bajo pretexto de favorecer el mérito con preferencia al acaso, si bien realmente con objeto de ascender él al trono. «Quitate para ponerme yo,» es la antigua divisa de los innovadores. Había hecho hablar á los oráculos y había trabajado á los ánimos á este efecto; de tal modo le testificaba el pueblo su estimación, que en honor suyo se habían celebrado fiestas. Como se suscitaban dificultades entre los espartanos y los argios con motivo de ciertos límites, cada cual alegaba sus razones:—Hé aquí la razón, dijo Lisandro echando mano á su espada.—Devoróle en sus últimos años celosa furia contra Agesi-

lao, *ingrato amigo*, de quien había creído hacerse un ciego instrumento, y que vino á ser su señor en suma. Con la inmensa cantidad de oro que introdujo en Esparta la causó un gran daño: no obstante murió tan pobre, que dos ciudadanos, que debían casarse con sus hijas, no quisieron aceptar su mano luego que supieron aceptar su mano luego que supieron su poca fortuna; vileza que les valió la nota de infamia. Habiéndolas enviado algunos magníficos trajes, Lisandro las prohibió que los admitiesen, diciéndolas:—*Eso haría que se dudase de vuestra virtud.*

Vencido en Aliarta el rey Pausanias, volvió á Esparta, donde fué condenado á muerte. Nuevamente llamado Agesilao á voz en grito, antepuso la obediencia á la gloria, y renunció á sus vastos proyectos acerca del Asia; tornó á Grecia con más de 8.000.000 de francos y diez mil soldados: no le había corrompido el contacto con los persas; hallábase sentado sobre la yerba y haciendo una frugal comida con los demás soldados, cuando los embajadores del gran rey llegaban á ofrecerle vanamente oro, ricas vestiduras y toda especie de exquisitos manjares.

En un mes anduvo el camino que tardó Jerjes en recorrer un año, batió á los aliados en Coronea (393), y aseguró de nuevo la supremacía á Esparta; pues habiéndose dejado sorprender Pisandro cerca de Guido en la misma época, le hizo sufrir la escuadra de Conon una derrota. Después de la batalla de Egos-Potamos se había retirado el ilustre almirante ateniense cerca de Evágoras, tirano de Chipre; ayudándole á hacer dichoso aquel país que desde entonces no sentía la dependencia de la Persia sino por el leve tributo que tenía que pagarla. Pero el ateniense ardía en noble empeño de dar realce á su patria, y exponía á Evágoras cuán glorioso sería abatir la insolente dominación de Esparta, y restablecer en su puesto la ciudad de las artes y de la cortesanía. Ganoso de lograr su objeto no desdeñó extranjeros socorros, é hizo que le recomendasen al gran rey Evágoras y Farnabazo en el momento en que Agesilao ponía en peligro la pujanza de los persas. Presentóse Conon delante del monarca, y habiéndose dispensado de prosternarse á sus plantas, uso que repugnaba á los griegos, le

puso de manifiesto la necesidad de hacer un grande armamento marítimo: el dinero que recibió hubo de servirle para juntar con admirable presteza un número bastante crecido de buques jónicos y fenicios á fin de atacar á Pisandro y de derrotarle (394). De este modo perdió Esparta la preeminencia por mar, adquirida durante veintisiete años de la guerra del Peloponeso. Después de haber conquistado Conon las Cíclades y Citarea y causado destrozos en las costas de Laconia, se presentó en los puertos por largo tiempo desiertos del Pireo, de Faleria y de Muniquia y tornó á levantar los muros de su patria.

Fácilmente se concibe el disgusto que esto causó á Esparta, y viendo que no le bastaba la fuerza, recurrió á la intriga. Rival de Agesilao y celoso por arrebatarle la ocasión de distinguirse en la pelea, se dirigió el espartano Antalcidas en calidad de embajador cerca del rey de Persia, bien resuelto á infundirle sospechas respecto de Conon (387). Antalcidas era uno de esos caracteres lijeros que siembran el camino de depravación con flores; no ménos elocuente que astuto ponía en ridículo las austeras leyes de Licurgo, y excitaba la risa de las cortesanas persas á costa de Leónidas, de Calicrátidas y de Agesilao, que les habían hecho temblar sólo con sus nombres. Dió Antalcidas el suyo á la paz que concluyó entonces, estipulándose en el tratado, «que las ciudades griegas del Asia Menor, de Chipre y Clazomena quedarían bajo la dependencia de Persia, que Atenas conservaría su jurisdicción sobre Lemnos, Imbros y Scyros; que la Grecia de Europa tendría plena libertad de gobernarse á su antojo, y que Esparta lucharía contra todo el que no se aviniera á este tratado.»

Así daba Esparta al extranjero derechos de soberanía sobre la Grecia y reconocía vilmente el vasallaje de aquellas repúblicas, por cuya libertad se había prodigado tanto valor y tanta sangre. Háse dicho que no era posible á los griegos mantener aquellas provincias independientes; y es cierto mientras no hacían más que destrozarse unos á otros. ¡Malhaya el país libre que remacha los hierros de otro! Al renunciar los persas á la dominación sobre el mayor número de ciudades de Grecia, obedecían á una experiencia prolija y dolorosa. Además, la cesión

de las colonias del Asia tenía por forzoso resultado hacer que desde entonces prevalecerían en Grecia, no las fuerzas marítimas, sino las de tierra.

Por la última cláusula del tratado se había asegurado Esparta la preponderancia en Grecia, puesto que le suministraba un pretexto para reclamar el socorro del gran rey en interés de la paz. Y ni aún merece el nombre de paz aquella momentánea concordia, porque inmediatamente después declaró Artajerjes la guerra á Evágoras, quien auxiliado por los árabes y los egipcios pretendía aprovechar sus inmensas riquezas para hacerse independiente, si bien acabó por perder la vida. Atenas y Esparta, por su parte, no hicieron más en el trascurso de ocho años que crearse obstáculos recíprocamente, fomentando las disensiones entre Corinto y sus desterrados, las ciudades de Macedonia y de Olinto; por último, el orgullo de Esparta no cesaba de multiplicar las causas de descontento que la abrumaron con nuevos desastres.

CAPÍTULO XII.

Los macedonios.

Hallábase situada la Macedonia ó Ematia, allende la parte más septentrional de la Grecia después de la Epiria y de la Tesalia; al Norte está separada de la Misia superior por los montes Scardo y Orbelo, (*Argentorato*); al Levante de la Tracia, por el Pangeo (*Castagnati*); de la Tesalia por el Pindo y el Olimpo, que con el Hemo y el Athos (*Monte-Santo*), son sus principales montes. Debemos citar entre sus cincuenta ciudades á Stágira, junto al golfo Strimonio, patria de Hiparco y de Aristóteles; Tesalónica (*Solonichio*), Anfípolis, Filipos, celebre por la batalla en que se decidió la suerte de la libertad romana; Pella (*Palatiza*), que vino á ser la capital después de Edeso (*Vedina*); por último, Egéa y Olinto. Estaba dividida en tres partes, que se componían de los territorios de Pieria, de Pangeo y de la península Calcídica; favorecían la navegación los golfos Termaico y Strimonio y las bahías Torónica y Singítica; abordaban al puerto de Dirrachio los buques procedentes de Italia. Era el clima desapacible, como acontece por lo general en los

países montuosos; abundaban sus montes en minas de oro y de plata. Había sido poblada por una mezcla de pelasgos y de escitas, como la Iliria y la Epira, si bien llegaron allí de otros puntos muchas colonias; la de Atenas edificó á Amfipolis (464); la de Chalcis de la Eubea fundó á Chalcis (470), que se sometió en seguida á los atenienses, y se rebeló despues, de modo que los griegos se trasladaron á Olinto (432). Esta última ciudad, situada en el centro del golfo Torónico, y edificada, segun se dice, por Olinto, descendiente de Hércules, adquirió ascendiente sobre las demas, aunque siendo tributaria de Atenas; tomó parte en las guerras entre la Atica y Esparta hasta la época en que fué avasallada por Philipo (348).

Potídea, en el istmo que junta la península Calcídica á la de Palene, era una colonia de Corinto que la enviaba magistrados todos los años. Vino á ser despues de la guerra de los persas tributaria de los atenienses, pero habiéndose sublevado contra ellos, arrojaron de allí á sus moradores y la poblaron de nuevo con sus nacionales (431).

Contóse como principal colonia, la que, guiaba por el heráclida Themiado, pasó de Argos á Ematia y echó los cimientos del reino de Macedonia, se sostuvo en medio de los indígenas, y ensanchó su dominacion en lo sucesivo, si bien nada se sabe de cierto acerca de sus primeros reyes. Se cita entre ellos á Cerano, que reinó cuarenta y ocho años; veintitres Ceno; Tirmas cuarenta y cinco; Pérdicas de 729 á 678; Argeo, muerto en 640; Filipo I, en 602; Aicropas, en 576; Alcetas en 547. Fuera ocioso investigar lo que hicieron, cuando existe confusión hasta acerca de sus nombres. Sus empresas debieron limitarse en un principio á guerras seguidas alternativamente de buenos ó malos resultados contra sus vecinos, especialmente con los pierios y los ilirios, que tenían sus reyes particulares. Al parecer, el territorio de los macedonios no abarcaba más que la Ematia, la Migdonia y la Pelagonia, áun cuando tuviesen por tributarios á otros países circunvecinos. Ponían límite á la autoridad de los reyes de Macedonia los privilegios feudales de los grandes, que jamás pudieron olvidar sus antiguas franquicias, ni áun en la época más brillante de su historia. No era allí el soberano

más que el primero entre sus iguales, no le rodeaba ningun fausto, no tenía otra señal distintiva que su armadura, y todos podian saludarle estampando un beso en su frente. Sóbrios en la vida privada y espléndidos en sus fiestas poseían, no obstante, los macedonios muchas mujeres y numerosas concubinas. Ningun jóven era admitido en sus banquetes antes de haber dado muerte á un jabalí con su lanza; se excluía de ellos á las mujeres y desdichado del que repetía fuera lo que allí se había dicho! En las solemnidades nupciales se partía un pan con la espada y tomaba un pedazo cada uno de los dos consortes.

Cuando los persas atacaron la Europa tuvieron que atravesar primero la Macedonia, á la cual impuso un tributo Dario, hijo de Histaspas. Fué pagado por Amintas, muerto en 498, y por Alejandro su hijo, muerto en 454, quien además estuvo obligado como los demas vasallos del imperio, á acompañar á Jerjes en su expedición contra los griegos, cuyo triunfo emancipó tambien á la Macedonia.

Tuvo que luchar contra sus enemigos terribles, los tracios, que las órdenes primero de Sitalx y despues de Xentés su sucesor (424), formaron el poderoso imperio de los odrisos, y de los atenienses que, poderosos en la mar, redujeron á vasallaje á las colonias situadas en las costas, encontrándose despues implicada en los asuntos de los griegos, que hasta entonces habían considerado á los macedonios como bárbaros.

Comenzaron los atenienses por sostener á Philipo I, contra su hermano Pérdicas II (454—413), el que en venganza rebeló contra ellos la Potídea, como ya hemos visto, obligando este acontecimiento á los griegos de Chalcis y á las ciudades vecinas á refugiarse en Olinto (432). Sucumbió Potídea al fin (431); pero Pérdicas se condujo de tal modo durante la guerra del Peloponeso empeñada entonces, que engañó á los atenienses, al mismo tiempo que supo contener las amenazas de los tracios casando á su hermana con Xentés (429), heredero de este reino. Declaróse en seguida en favor de los espartanos, incomodando bastante á los atenienses, que perdieron á Amphipolis (424), considerándose éstos felices en reconciliarse con él (423).

La hábil política de Archelao (413—404) fué

más provechosa áun á este reino que los artificios de Pérdicas. Civilizó este príncipe á sus pueblos, á quienes las guerras precedentes habían despertado; abrió caminos, fortificó varias plazas, atrajo gentes de letras á su córte y favoreció las artes de la Grecia. Fué, no obstante, asesinado asesinado al poco tiempo, produciendo grandes turbulencias su sucesion, mal determinada por las leyes del país y ambicionada por varios pretendientes, sostenidos tanto por los macedonios como por los extrajeros. Usurpó el trono que correspondía al jóven Orestes (400) su tutor Aieropas; pero murió (394) como tambien su hijo Pausanias (393). Amintas II (390-369), sobrino de Pérdicas, venció á Argeo, hermano de Pausanias, que se encontraba apoyado por los ilirios, y se aseguró en el trono (390). La única que no quiso someterse á su autoridad fué la poderosa ciudad de Olinto (383); mas recurrió á los espartanos y con su ayuda la redujo por la fuerza á sufrir duras condiciones.

Dejó Amintas tres hijos, Alejandro, Pérdicas, Philipo: no sucedió el mayor á su padre (368) sino arrojando á su competidor Pholomeo de Aloros, con ayuda de Pelópidas, y entregando en rehenes á los tebanos á su hermano menor Philipo, que fué educado en la casa del gran Epaminondas. Arrojó Pholomeo en el mismo año á Alejandro del trono y se hizo cargo de las riendas del gobierno, bajo el pretexto de conservar el poder real de los dos príncipes menores, así como se lo había recomendado Pelópidas. Prédicas III, que con impaciencia sufría su tutela, se arrancó la vida (365), y los atenienses, mandados por Ificrato, le ayudaron á triunfar de Pausanias, pretendiente tambien á la corona (364). Parecía que medio siglo de revoluciones debían arrastrar á la Macedonia á su ruina: apoyéronse de ello en efecto los ilirios, para imponerles un tributo, y Pérdicas fué muerto combatiendo contra ellos (360). Instruido Philipo de la muerte de su segundo hermano huyó de Tebas, donde permanecía áun en rehenes, con la intencion de tomar el mando del gobierno como tutor de su sobrino Amintas, niño de corta edad, pero en realidad, por su propia cuenta; elevando á la Macedonia, en el curso de su reinado de veiticuatro años (360—336) á la primera categoría. Si no manifestó

haber aprendido de Epaminondas la moral y probidad, la perseverante prudencia, con la cual supo combinar sus designios y asegurar el éxito, no es ménos admirable que instructiva; pues gracias á ella se le vió en medio de los obstáculos, que hubieran cansado á una voluntad enérgica, llegar del colmo al poder, sin dejarse deslumbrar por eso.

Tuvo tambien que defender su corona contra dos concurrentes, Argeo y Pausanias, á quienes favorecían los tracios y los atenienses, siempre celosos del progreso de la Macedonia. Reanimando Philipo el valor de sus partidarios, derrota á Argeo, compra la paz á los atenienses, reconociendo la libertad á Amphipolis y hace un arreglo con los tracios, si bien abandonado Pausanias se vió forzado á desistir de sus pretensiones.

A ejemplo de Epaminondas instituyó entonces la falanje, cuerpo de seis á siete mil combatientes, y en el que cada hilera tenía diez y seis hombres de fondo, armados de sarizas ó picas de veintin piés de longitud. Las picas de las cinco primeras filas sobresalían todas igualmente, oponiendo de esta manera al enemigo un quintuplo más de picas que hombres tenían de frente. Desde la sexta fila hasta la última, las picas se apoyaban en los hombros de los que estaban delante, presentando de esta manera un cuerpo impenetrable. Cubría á los soldados desde la cabeza hasta los piés un gran escudo, y estaban armados con una espada destinada á herir de punta y de córte, como la de los romanos, aunque más difícil de manejar. Tenían además que llevar todo su bagaje y las tiendas de cuero, que servían para dos, y en caso de necesidad para el paso de los rios. Asociando de esta manera el valor á la disciplina, que le dirige y protege, se aseguró Philipo la preeminencia sobre los bárbaros; así que cuando los macedonios, que necesitaban de un hombre y no de un niño, le proclamaron rey (359), sometió á los peonios, derrotó á los ilirios, á quienes antes no se atrevían á hacer frente los macedonios, y les mató siete mil hombres, entre los cuales pereció Bardilido, su rey (358). Pronto extendió su dominacion hasta los confines de la Tracia, y por la parte de Occidente hasta el lago Lichnido.

Era lo más difícil evitar la envidia que se-

mejante aumento de poder ocasionaba á los atenienses, á las colonias griegas de las inmediaciones y sobre todo á Olinto. Desplegó Philipo la habilidad de un consumado diplomático. Supo hacerse respetar remediando con prudencia y con dulzura lo violento de los hechos. Debió ser su primer pensamiento la sujecion á las ciudades griegas de la Macedonia; pues éste era el medio de dar á su país la unidad y consistencia natural que le faltaba, y tambien de alejar cada vez más á los envidiosos extranjeros. Tan luego como cayó en su poder Potidea, tuvo que restituirla por las reclamaciones de los olintios; pero al mismo tiempo, pródigo en promesas, con respecto á los atenienses, supo de tal manera adormecerlos, que ocupó á Amphipolis (350), se encontró dueño de todo el país que se extiende entre el Nesto y el Strimon, y lo que aún era más importante, de las minas de Tracia, que producen 1.000 talentos al año. Era, en efecto el oro en manos de Philipo un instrumento no ménos eficaz que las armas y la astucia. Decia: *Ninguna fortaleza deja de tomarse, pudiendo hacer entrar en ella un macho cargado de oro. La gloria de un combate, decia, se divide con los soldados, la de una astucia me pertenece del todo.* Quería seguir á la letra el consejo que le habia dado la Pithia: *Combate con el oro y todo lo vencerás.*

¡Vencer en Grecia! ¡Cuánto debía alhagar este pensamiento á la vanidad de Philipo! ¡Cómo debía alentarle haber visto á Epaminondas deruir el principal poder helénico á la cabeza de un pueblo nuevo! Debía ofrecerse á su perspicacia la situacion de la Grecia, como favorable en extremo á designios ambiciosos. Ya habian desaparecido Epaminondas, Agesilao, Chabrias, Timoteo, Jenofonte; ya no existía nadie de un patriotismo ó de un mérito tan generalmente reconocido que bastase á la árdua tarea de reconcentrar en un interés comun á las fuerzas de las repúblicas desunidas. Habian perdido los espartanos la supremacía y tambien su sencillez de costumbres. Ya no acudian en comunidad á la frugal comida, donde se contentaban con un sólo plato. Sus comedores estaban adornados de alfombras y de cogines de variados tejidos, y tan ricamente bordados, que los convidados no se atrevian á apoyar en ellos el codo. Habia ademas gran lujo de vajilla, profusion

de servicio, perfumes, vinos, ramilletes, allí donde no se veian antes más que taburetes de madera, sirviendo de sillas en el momento de la comida.

No nos ocurre modo mejor de dar á conocer la situacion de la Grecia en aquella época, que reproduciendo las palabras de Isócrates:—Tan superior era nuestra ciudad en tiempo de la guerra médica á la ciudad de ahora, como Temistocles; Milciades y Aristides eran superiores á Hiperbolo, á Cleofonte y á otros cuyas charlatanerías aguijonean á la muchedumbre... Nuestros padres merecieron graves censuras por haber compuesto la tripulacion de sus naves con todos los ociosos de Grecia, hombres que no retroceden ante ningun desafuero, lo cual nos ha hecho odiosos á la Grecia toda. Es bien extraño, no obstante, que cuando se expulsaba de su patria á los mejores ciudadanos se les denominase la hez de la Grecia. ¿No se diria que nuestros padres iban en pos de los medios más seguros de hacerse aborrecer? Por eso se decretó que al celebrarse las fiestas de Baco se llevase solemne y separadamente en procesion cada talento supérfluo, procedente del tributo de los aliados. Fué ejecutado el decreto, se hizo ostentacion de aquellas riquezas en el teatro, en el mismo instante en que eran presentados al pueblo los huérfanos de los guerreros muertos en la pelea. Tenian, pues, los aliados á la vista de los tesoros acumulados tan trabajosamente y prodigados á mercenarios; mientras los otros griegos estaban movidos á compasion ante los huérfanos que traian á su memoria cuantos infortunios habian causado á la patria la ambicion y la avaricia.... Descubrióse demasiado tarde que las sepulturas públicas se engullian á todos los ciudadanos, y que las inscripciones llenaban las curias y los registros con nombres extraños á la patria. Han perecido de resultas de la ambicion de supremacía que os ha arrastrado á las últimas guerras, las familias de los más grandes hombres, las casas más ilustres entre las que habian sobrevivido á las agitaciones interiores y á las guerras de la Persia. Si por lo que ha acontecido á las familias conocidas se calcula lo que han experimentado las familias oscuras, os venceréis de que nuestra poblacion se ha renovado casi totalmente. Y sin embargo, el mayor

mérito de una república no consiste en reunir al acaso una gran poblacion compuesta de distintos elementos, sino en conservar y perpetuar la raza de los primeros habitantes.... Hacemos la guerra á todo el mundo, pero no queremos sobrellevar sus fatigas: juntamos gentes sin patria, proscriptos cargados de crímenes, bien seguros de que esgrimirán con igual facilidad sus armas contra nosotros, si hay quien los ofrezca un salario más crecido, Nos sonrojariamos si nuestros hijos cometieran acciones de que tuviéramos que dar cuenta, y parece que nos produce complacencia, cuando se trata de las rapiñas y de las violencias de estos mercenarios. Llega nuestra locura al punto de que no teniendo lo bastante para subvenir á nuestras necesidades propias, mantenemos una multitud de extranjeros, y por eso agotamos los recursos de los aliados. En los tiempos en que abundaban el oro y la plata dentro de la ciudadela, creian nuestros abuelos no deber arriesgar su vida por ejecutar lo que habia resuelto la asamblea del pueblo; hoy, á semejanza del rey de Persia, nos vemos reducidos á no emplea más que tropas mercenarias, aun cuando la poblacion abunda en nuestra ciudad.

Hubo un tiempo en que, al armarse una flota, la tripulacion y los remeros eran extranjeros ó esclavos; pero los hoplitas eran ciudadanos de Atenas. Ahora, cuando se desembarca en una tierra enemiga, causa extrañeza ver á los que aspiran al imperio de Grecia bajar de los bancos de los remeros, abandonándose los peligros de la expedicion á gentes de esta laya. Hasta los espartanos se muestran corrompidos por la ambicion, y este cambio ha hecho enmudecer á los que tenian costumbre de encomiarlos y de atribuir nuestros errores á la democracia. Segun estos panegiristas, los espartanos hechos señores debian labrar la ventura de Grecia y la suya propia, y sin embargo, ellos han experimentado antes que nadie los efectos de los hábitos de mando. Su república, que por espacio de setecientos años no habia tenido que sufrir turbulencias interiores de ninguna especie, ha sido trastornada súbito y de tal manera, que faltó muy poco para quedar enteramente disuelta. En vez de seguir los ciudadanos sus costumbres severas, se abandonaron á la injusticia, á la negligencia, á la arbi-

trariedad, á la codicia; descuidaron á sus aliados, invadieron las posesiones ajenas, olvidaron ó menospreciaron tratados y juramentos. Avidos de guerra y de peligros, no conocieron amigos ni bienhechores: en vano el rey de Persia habia enviado más de 5.000 talentos; en vano Chios les fué de mayor auxilio con su escuadra que todos los demas aliados; en vano habia suministrado Tebas el más magnífico contingente de tropas de tierra: apenas la victoria se hubo declarado en su favor, ellos procuraron arruinar á Tebas por la astucia, expidieron contra el rey de Persia á Clearco, á la cabeza de la flota, desterraron de Chios á sus primeros ciudadanos, y se llevaron sus bajeles. Esto no bastaba, pues devastaron el continente, maltrataron las islas, destruyeron en Sicilia y en Italia las constituciones que mantenian el justo medio entre la aristocracia y la democracia, y secundaron la ambicion de los tiranos. El Peloponeso permaneció continuamente siendo presa de las turbulencias y de las guerras intestinas. ¿Qué ciudad no fué atacada? ¿Qué pueblo no tuvo que sufrir ultrajes? ¿No fué robada á Elida una parte de su territorio? ¿No saquearon el de Corinto y destruyeron á Mantinea, trasladando á otra parte á sus moradores? ¿No sitiaron á Fliunta? ¿No invadieron muchas veces la Argólida? ¿No se ocuparon constantemente en causar el mal ajeno y en preparar de este modo la derrota de Leuctres? Y no es esto lo que ha hecho odiosos á los espartanos, sino sus desórdenes precedentes. Adquirieron el imperio del mar presidiendo á la guerra continental con justicia; pero apenas sobresalió su escuadra, prescindieron de toda moderacion y perdieron su supremacia; ya no hablaron más de las leyes de sus abuelos; se abandonaron los antiguos usos; por último, se persuadieron los espartanos de que su propia voluntad debia ser la única regla de su conducta.» *ὁμοῦ καὶ τῶν ἑλλήνων ἐστὶν ἡ ἀστυχία.* Se ve claramente que el retórico sabia tambien ser orador á veces. Con efecto, el personal marítimo de Atenas se habia empobrecido en el discurso de cuarenta años, y además la insurreccion de los aliados habia agotado sus rentas. vuelta á caer Tebas en su nulidad, se consoló con cuidar de sí misma. Habianse acostumbrado en medio de tantas guerras un gran número de jóvenes á no vivir más que de la profe-